



PREMIO EDEBÉ  
DE LITERATURA  
INFANTIL

TUCAN  10+

# La Inmortal

RICARD RUIZ GARZÓN

Ilustraciones de Maite Gurrutxaga



edebé



# La Inmortal

**PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL**

**edebé**

Ricard Ruiz Garzón

# La Inmortal

**PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL**

**edebé**

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Infantil según el fallo del jurado formado por: Teresa Colomer, Ángeles González-Sinde, Toni Iturbe, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro.

© Texto: Ricard Ruiz Garzón, 2017

© Ilustraciones: Maite Gurrutxaga, 2017

© Ed. Cast.: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebé.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia

*Diseño de colección:* Book & Look

Primera edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-683-3273-4

Depósito legal: B. 1959-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Al César lo que es del César:  
va por ti, Mallorquí.*

*«Da igual. Prueba otra vez.  
Fracasa otra vez. Fracasa mejor».*

Samuel Beckett

# Índice

1. Sábado .....	11
Primera nota: « <i>Shatranj</i> » .....	13
2. Domingo .....	37
Segunda nota: «Polgár» .....	49
3. Lunes .....	57
Tercera nota: «Fahim» .....	63
4. Martes .....	79
Cuarta nota: «La pistola» .....	87
5. Miércoles .....	105
Quinta nota: «El tenedor» .....	107
6. Jueves .....	123
Sexta nota: «Fischer» .....	135
7. Viernes .....	143
Séptima nota: «El molino» .....	157
8. Sábado .....	169
Octava nota: «_ _ _ _ _» .....	187
Epílogo .....	193



1

## Sábado

— ¡Jaque!  
Judit sonrío: esta vez, Mister Aliyat lo ha dicho casi bien. Casi. Con acento extranjero y con las consonantes aspiradas, pero se le ha entendido mejor que otros días. El iraní sonrío igualmente bajo su turbante blanco y se acaricia el mostacho, negro y tupido. Un segundo después, pese a todo, vuelve a concentrarse en las piezas.

Desde el otro lado del tablero, el de las negras, Judit suspira y se pellizca el labio. Con sus deportivas de caña alta, sus tejanos rotos y su camisa al aire, parece mayor, pero está a punto de cumplir doce años. Le queda una semana, para ser exactos.

Unos metros más allá, tras una valla metálica, el abuelo de Judit se ajusta la corbata y arquea las cejas. Le está pidiendo que siga atenta: le han hecho jaque, y en una partida de ajedrez, para tener opciones, conviene que el rey esté siempre a cubierto.

Además, esta no es una partida normal.

Esta es la más importante que Judit ha jugado con Mr. Aliyat.

Cuando acabe, el futuro de ambos podría cambiar para siempre.

Quizá por eso nos rodean decenas de personas.

Y periodistas. Y cámaras de televisión. Y algún famoso. Y policía, mucha policía.

Me da todo tanto miedo que saldría corriendo.

Pero no puedo.

## Primera nota:



*Shatranj*

**M**irad ahora, por favor, la palabra que hay escrita en ese papel: «*Shatranj*».

¿La habíais oído alguna vez? Yo tampoco hasta que conocí a Mr. Aliyat.

Pero antes de averiguar cuándo y por qué apuntó él esas ocho letras, y qué rayos tiene eso que ver con lo que os estaba contando, voy a explicaros qué pasó la primera vez que vi a Judit. Porque no creo que os lo imaginéis.

Lo que pasó esa primera vez es que Judit me cayó mal, bastante mal.

Me cayó como una patada en la espinilla, vaya. Como un chaparrón a la intemperie.



Fue hace unos meses, al llegar la primavera. Y fue en un día radiante, de esos que gustan tanto aquí en Suiza, sobre todo tras un invierno que nos había congelado las narices (sí, en Ginebra a veces ocurre, se nos hielan los mocos; pero estamos acostumbrados). Por primera vez, en fin, la gente se atrevía esa mañana a pasear por el Parc des Bastions sin salir corriendo a encender la chimenea. Algunos, incluso, se sentaban en los bancos y entornaban los ojos, ronroneando de cara al cielo.

Judit entró en el parque por la Place de Neuve, arrastrando a su abuelo por la bufanda. Llevaba encima su cuaderno de dibujo y una caja de carboncillos. Sin saludar a nadie, se dirigió a los tableros de ajedrez gigantes (los veréis si alguna vez vais al Parc des Bastions, son una atracción típica de Ginebra) y luego atravesó uno y se sentó en medio, en el suelo. Su abuelo abrió la boca, pero no dijo nada: meneó la cabeza, caminó hacia un banco y se sentó sobre su periódico sin dejar de cabecear.

Durante media hora, Judit trabajó con cara de estar masticando clavos. Yo entonces lo ignoraba, pero ahora sé que aquel ejercicio (el de dibujar allí, no el de masticar clavos) se lo había recomendado Monsieur Bourdin, su profesor de dibujo en la academia. Al parecer, para practicar con el carboncillo hay pocas cosas mejores que un montón de figuras blancas y negras sobre un montón de casillas blancas y negras. Dicen que si uno logra dibujar las figuras, las casillas y las sombras de las primeras sobre las segundas sin emborronarlo todo es que empieza a dominar el carboncillo.

Judit no andaba lejos de tal dominio, en eso hay que ser justos. Era una de las mejores alumnas de la academia, que era una de las mejores de Ginebra, que es una ciudad puntera en la enseñanza del dibujo. Sí, Judit dibujaba, y dibuja aún, como los ángeles. Por eso soñaba con imponerse en el Primer Campeonato Europeo de Retrato Artístico para Jóvenes Valores, que pese a su intermi-

nable nombre era un torneo de prestigio cuya celebración estaba prevista para el mes de julio, concretamente en Suiza, más concretamente en Ginebra, y más concretamente aún el día de su cumpleaños. Ese cumpleaños de dentro de una semana, ¿os acordáis?

Toda una premonición. Pero ya llegaremos a eso, que las prisas nunca son buenas en ajedrez. Ahora volvamos al parque, donde un señor un poco calvo, barbudo y algo fofo se acercó con su hijito hasta Judit. Una vez a su lado, miró su cuaderno y exclamó:

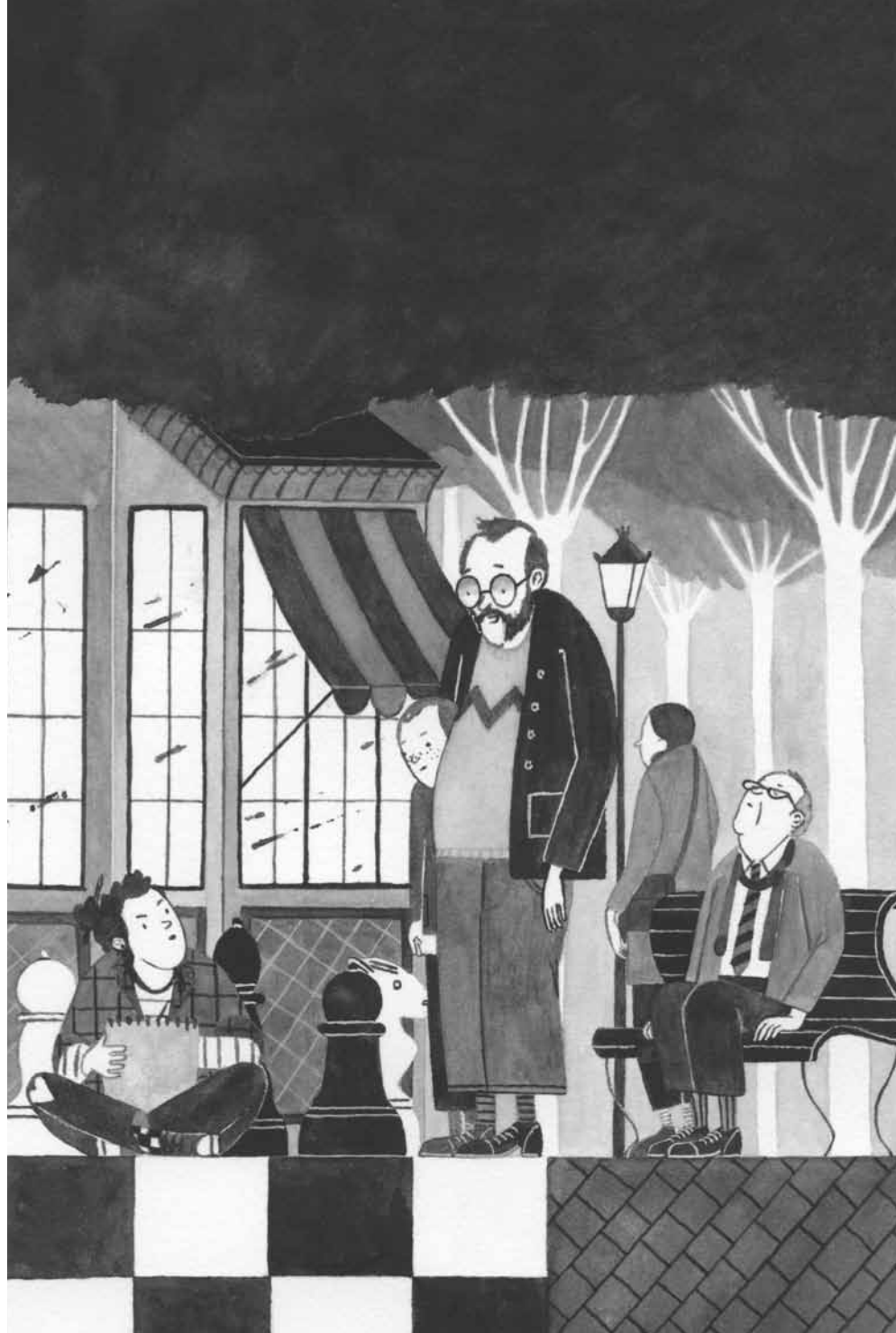
—¡Vaya, qué bien dibujas!

Judit lo miró con suficiencia, que es como mira la gente que cree que ser tan bueno como cualquiera no es suficiente.

—Lo sé —presumió ella—. Lo llevo en la sangre, mi padre era un gran dibujante.

—¿Ah, sí?

—Bueno..., aún lo es —añadió Judit, dudando—. Ahora vive fuera, en Hungría. Pero yo ya he ganado tres premios, dos medallas y un concurso municipal.



—Vaya —se asombró el señor barbudo—. Eso está muy bien. Muy muy bien, sí.

Y entrecerró los ojos.

—Seguro que es por eso por lo que te has sentado en e4, ¿verdad? —señaló el señor, sin abandonar la mirada intrigante—. Es la mejor elección, por supuesto.

Esta vez, la que entrecerró los ojos fue Judit. Observó al señor, que tenía un brazo sobre el hombro de su hijo, y buscó al abuelo, que dormitaba en el banco.

—Yo... estoy sentada en el suelo —señaló al fin, sin saber bien qué decir.

El señor barbudo se pasó la mano por la calva y luego cruzó los dedos.

—¡Ah, no, querida, no! —la corrigió—. Tú estás sentada en e4, justamente en e4, que es una casilla importantísima, ¿verdad, Roger?

El niño, pecoso, pelirrojo y de no más de ocho años, asintió con retintín.

—¡Importantísima!

Judit volvió a su cuaderno, pero ni el hombre ni el niño se movieron.

—¿Y por qué es importante? —preguntó ella, pasados unos segundos.

El señor barbudo se frotó las manos.

—Verás, el caso es que no hay ningún tablero libre —razonó, señalando a su alrededor—, y yo querría echar una partidita con mi hijo Roger. Te responderé encantado a esa pregunta si tú eres tan amable de cedernos el tablero. ¿Te importaría?

Judit puso cara de haberse tragado algunos de los clavos sin masticar.

—Dibujaré media hora más —dijo al fin—. Podéis esperar en el banco, con mi abuelo.

El señor echó una ojeada al anciano, que seguía frito y no se enteraba de nada.

—Bueno, estoy seguro de que tu abuelo...

—¿Podría dejar de hablar? —exigió Judit de malas maneras, agitando su cuaderno—. Para dibujar bien hay que concentrarse, ¿sabe?

El señor barbudo no entrecerró más los ojos: los abrió, sorprendido por la actitud de Judit. Luego, se agachó hasta quedar a su altura.

—Perdona, solo te haré una pregunta más —aseguró—. Tú... ¿sabes jugar al ajedrez?

Judit respondió como si le hubiera picado una serpiente.

—Claro que no.

—Ah, entonces no eres tan buena dibujante.

Los ojos verdes de Judit se clavaron en la barba del señor.

—¿Y por qué no?

—Pues porque ignoras dos secretos. Dos grandes secretos.

Sin añadir nada más, el señor se levantó y trazó un arco con la mano, invitándola a salir del tablero. Judit siguió quieta unos segundos, pero al final, supongo, le pudo la curiosidad. Cerró el cuaderno y abandonó la cuadrícula, malhumorada.

Mientras el niño pelirrojo adelantaba a trompicones un peón blanco de rey que medía casi la mitad que él, el señor se volvió hacia Judit.

—El primer gran secreto, pequeña, es que en el ajedrez se dan las mismas situaciones

que en la vida —dijo—. Hay nacimientos, muertes, guerras, alegrías, sacrificios, imaginación, ataques, defensas, lealtad, cobardía, valor... El primer secreto es que en un tablero puede dibujarse la vida, y que quien tiene la mejor perspectiva la dibuja mejor. Por eso hay que conocer las casillas dominantes, por ejemplo, esa e4 donde tú estabas sentada y donde ahora hay un peón.

Judit se quedó pensando la respuesta, con cara de no entenderla muy bien.

—¿Y el segundo secreto? —preguntó.

—El segundo igual tendrías que saberlo ya, si has ganado tantos premios.

Judit enrojeció, quizá de rabia, quizá de vergüenza.

—El segundo secreto, niña —siguió el señor barbudo—, es que para ser un ganador...

—¿Qué...?

—Que para ser un buen ganador, hay que saber perder.

Tras aquella conversación, Judit volvió al Parc des Bastions casi a diario. Nadie lo esperaba, ni siquiera yo, pero así fue. Lo que tardó algo más en volver fue la calma.

—Entonces —solía preguntar ella esos primeros días—, ¿cómo se llama esta casilla?

Su abuelo, acostumbrado a darle todos los caprichos, sudaba para responder.

—Bueno, el tablero se divide en filas y columnas, como si jugaras a «hundir la flota». Y para anotar las jugadas, a unas se les ponen números, y a otras, letras... Oye, ¿y a ti desde cuándo te interesa el ajedrez?

—¿Y cuál es e4? —contraatacaba Judit, sin responder.

—Pues la casilla de la fila e y la columna 4, donde suele empezar el peón de rey.

—¿Y cómo se mueve un peón? ¿Y un caballo? ¿Y la torre? ¿Y cómo se gana?

—Verás, el objetivo de este juego es derrotar al rey contrario...

De ese modo, poco a poco, el abuelo fue explicándole cómo se movían todas aquellas

piezas que a Judit le llegaban por la rodilla. La mayor parte de su tiempo en el parque, Judit aún lo destinaba a dibujar en su cuaderno, pero al cabo de una semana ya dedicaba una hora al carboncillo, y otra, a jugar. En el dibujo, eso sí, le iba mejor: como todos los principiantes, Judit perdió sus primeras partidas de ajedrez. Todas. Y todas las perdió contra su abuelo, que casi pedía perdón tras las victorias.

—Ja-jaque mate —titubeaba el hombre.

—¿Otra vez? —se indignaba Judit, antes de darle una patada al mismo alfil que poco antes había dibujado entusiasmada.

Por aquel entonces, creo que os lo he dicho, Judit me parecía una maleducada. A mí y a todo el mundo. En Suiza, tierra de la paz y de la cortesía, unos ataques de genio como los suyos resultaban imperdonables, y más entre esos maestros de la paciencia que son los ajedrecistas. A menudo, desde sus tableros, los jugadores veían las rabietas de Judit y movían la cabeza, compadecien-

do al abuelo. Todos pensábamos, en fin, que ambos dejarían el parque en poco tiempo.

Pero un día, a las dos o tres semanas, yo me di cuenta de algo.

Me di cuenta de que Judit perdía, sí, y gruñía, y pataleaba. Pero no se rendía.

Perdía, la tomaba con todo..., y luego volvía a jugar.

Debido a ello, tras un mes jugando, le ganó una primera partida a su abuelo. Y antes del mes y medio, entre dibujo y dibujo, le ganó tres partidas seguidas.

Fue entonces cuando el abuelo, abanicándose con su diario, comentó:

—Igual, ejem, igual podrías ir jugando ya con otra gente... Para mejorar, ¿sabes?

Los primeros rivales de Judit en el parque, tras el abuelo, fueron una señora que paseaba en brazos a su caniche; una niña con gafas y una camiseta descolorida de *Toy Story*; un adolescente rebosante de *piercings*; el cartero del barrio, que se animó a retarla en su turno de descanso... Ah, y Roger, el hijo re-

dicho y pelirrojo del señor barbudo, que tardó en ganarle algo más de lo que se esperaba.

—No has jugado mal —concedió el niño a regañadientes.

—Estás aprendiendo muy rápido, Judit —la felicitó el padre de Roger, tras consolar a su hijo—. Si sigues así, pronto podrás enfrentarte a Mr. Aliyat.

Judit siguió el brazo del señor barbudo y descubrió, en el tablero más cercano a la alameda, a un anciano con bigote y turbante, que jugaba rodeado de curiosos.

—¡Es un campeón extranjero, un gran maestro! —siguió explicando el señor—. No habla nuestro idioma, ni una palabra, pero viene cada tarde a jugar. Y gana siempre. A todo el mundo. Sin excepción. Se dice que el día que pierda se irá del parque y ya no volverá. Igual es una leyenda, pero lo cierto es que lleva meses ganando.

Aquella tarde, Judit se acercó a retratar en su cuaderno a Mr. Aliyat: ese hombre de sesenta años, moreno, con cejas pobladas

y un mostacho de un palmo que vosotros ya conocéis. Como podéis ver, vestía traje y zapatos, y no era muy alto, pero el turbante le hacía parecer menos bajito. Se pasaba la tarde junto al tablero, así que era el modelo perfecto. Judit logró un retrato tan bueno que hasta M. Bourdin la felicitó.

Lo más curioso era que Mr. Aliyat jugaba, como el señor barbudo había dicho, sin hablar. Empezaba saludando, con un golpe seco de cabeza que hacía temer por el equilibrio del turbante, y luego movía cada pieza hasta que ganaba. Entonces, repetía el saludo y se preparaba para otra partida. Jugaba un par de horas, siempre con negras, y a su alrededor, como una estrella, solía tener a varios admiradores.

Judit se pasó unos días entre ellos, viendo jugar a Mr. Aliyat y dibujándolo en distintas posturas. El hombre cambiaba de traje, pero nunca olvidaba su turbante blanco.

—Se hace con una tira de algodón enrollada en la cabeza —explicó el abuelo a Ju-

dit, cuando ella preguntó por la prenda—. En Irán, el país de Mr. Aliyat, es muy común.

Después de varios intentos, Judit llegó a calcar cada pliegue del turbante.

Así, entre jugada y jugada, entre dibujo y pliegue y pliegue, llegó un nublado día de mayo. Mr. Aliyat acababa de vencer a un ejecutivo que berreaba por el móvil cuando, de pronto, empezó a llover. Quienes rodeaban el tablero, incluido el abuelo, corrieron a refugiarse bajo el quiosco. Todos menos Judit, que estaba rematando un boceto del caballo que había dado la victoria al iraní. El abuelo gritó a lo lejos, pero Judit siguió tan concentrada que ni lo oyó. Tampoco vio a Mr. Aliyat acercarse, abrir un paraguas y cubrir el cuaderno para protegerlo de la lluvia.

En ese momento, Mr. Aliyat vio el dibujo del caballo y miró fijamente a Judit.

Y Judit se volvió hacia Mr. Aliyat. Y dejó de llover, y el maestro, sin previo aviso, cerró el paraguas. Y volvió al tablero. Y dio su golpe habitual de cabeza.

Judit tragó saliva. Mr. Aliyat... Sí, Mr. Aliyat la estaba invitando a jugar.

En el momento en que ella, temblando, se puso tras las blancas y adelantó su peón hasta la casilla e4, el público regresó. Y ya no se fue nadie hasta ocho minutos después, cuando Mr. Aliyat ganó. Judit tiró su rey al suelo, como había aprendido, y Mr. Aliyat se despidió con su habitual golpe de cabeza. Mientras la chica, desilusionada, bajaba la suya, Mr. Aliyat se le acercó, se metió la mano en un bolsillo y sacó un trozo de papel. Luego escribió algo en él, a lápiz, y se lo dio. Tras consultar a su abuelo, Judit lo aceptó y se despidió del maestro, que ya se alejaba.

—Aquí pone «*sha...*», buf, «*shatranj*» —dijo entonces Judit, leyendo como pudo—. ¿Y qué será eso? ¿Algo en su idioma?

—No tengo ni idea, pero podemos mirarlo al llegar a tu cuarto —propuso el abuelo, subiéndose la gabardina—. Para algo inventamos los suizos internet, ¿no?

Diez minutos más tarde, nieta y abuelo llegaban a casa. Judit saludó a su madre y corrió a cumplir con un ritual que nunca fallaba: darse un beso a sí misma. Bueno, en realidad, dárselo a un retrato suyo que había enmarcado en el recibidor. Un precioso retrato al carboncillo, de cuando ella tenía seis años, firmado por su padre. Por el gran dibujante que andaba por Hungría.

—¡Bajaremos enseguida, mamá!

Cuando su abuelo se sentó con ella, en su cuarto, Judit ya había abierto el correo.

—¿Algún *e-mail* de tu padre?

—No, nada —contestó Judit, apenada—. Esta semana se está retrasando.

—Bah, estará liado, ya te escribiré —lo disculpó el abuelo—. ¿Buscamos la palabra?

En menos de un minuto, Judit ya había encontrado varias entradas para *shatranj*.

—Es el nombre de una forma antigua de ajedrez —leyó en la pantalla, tras elegir la de la Wikipedia—. Un juego que llegó a Persia a partir de otro juego, el *chaturanga*...



—¿Persia? Eso es el actual Irán —comentó el abuelo—. Mr. Aliyat viene de ahí.

—Pues en lengua persa —siguió Judit—, el *chaturanga* perdió vocales y se convirtió en *chatrang*, y luego en *shatranj*, que viene de *sha*, o sea, «rey», y de *tranj*, o sea, «juego».

—Entonces...

—Entonces —se adelantó ella—, *shatranj* significa «juego de reyes». ¡Significa «ajedrez»!

El abuelo aprobó la respuesta simulando un pequeño aplauso.

—Fíjate, pone que de ese *sha* nació el nombre del juego en varias lenguas —añadió—: *échecs* en francés, *chess* en inglés, *scacchi* en italiano, *escacs* en catalán... Y en castellano, se le puso un artículo y de *ash-shatranj* pasó a decirse *axedreç*.

—Y de *sha mat* viene el famoso «jaque mate», que significa «rey muerto».

Durante un buen rato, Judit y su abuelo fueron enlazando páginas de internet y devorando información a dos carrillos. Y así hubieran continuado si Hélène, la madre de



Judit, no los hubiera avisado de que la mesa estaba puesta para cenar.

Una vez en el comedor, sin embargo, el bombardeo continuó.

—¿Sabías que en el ajedrez, en vez de alfiles, antes había elefantes? —preguntó Judit mientras llenaba su plato de ensalada—. ¿Y sabías que «elefante» en persa se dice *fil*, y por eso el alfil...?

Hélène sonrió, distraída.

—¡Vaya, qué interesante! No hay muchas chicas que jueguen al ajedrez, ¿no?

La madre de Judit, una mujer robusta, con gafas y un millón de rizos, se sirvió medio bol y luego suspiró. Algunos días, tras tantas horas de trabajo, llegaba a casa sin ganas de hablar, aunque se sentía muy orgullosa de sacar ella sola adelante a toda una familia. El abuelo, que aún no había abierto la boca, aprovechó la pausa.

—Pues ya que sacas el tema —dijo, mirando a Hélène—, hemos descubierto que en el ajedrez antiguo no tenían reina. Qué curioso,

¿eh? Resulta que la dama, la pieza más poderosa del tablero, es un invento moderno. Como siempre, las mujeres, a luchar para ganarse el puesto...

La madre de Judit asintió complacida. Por lo que luego supe, trabajaba en el mismo sitio en el que había trabajado el abuelo hasta jubilarse: el CERN, el famoso Centro Europeo de Investigación en el que se inventó la World Wide Web. Al parecer, Hélène también se enorgullecía de haber triunfado en un mundo, el científico, donde los hombres como su padre lo habían tenido históricamente más fácil.

—Bueno, me alegra ver que estáis aprendiendo tanto, pero... ¿y el dibujo? —preguntó Hélène de pronto, señalando el cuaderno sobre la mesilla del salón—. Hoy no me has enseñado ningún ejercicio, Judit. Y ya que estamos pagando una academia tan y tan buena, y tan y tan cara, no es para que ahora venga el ajedrez a...

—¡No he dejado de dibujar! —protestó Judit, alzando la voz.

—¡A mí no me hables en ese tono! —le advirtió su madre—. Solo digo que te has pasado meses hablando del Campeonato Europeo de Retrato Artístico, y que has trabajado mucho para participar en él. A pocas semanas no es el momento de aflojar.

—¡¡¡No he dejado de dibujar!!! —repitió Judit.

—Pues mira, es importante, porque si de verdad quieres ser como tu padre...

Sin dejar acabar a su madre, Judit sacó un papel de su bolsillo y dijo entre sollozos:

—¡Papá nunca ha visto un dibujo mío! ¡Ninguno de verdad! ¡Solo fotos escaneadas!

Hélène y el abuelo se miraron a la vez, pasmados. Aquella era la primera vez que Judit reaccionaba así ante la mención de su adorado padre. La primera, al menos, en su presencia. La madre frunció el ceño y desplegó el papel, que mostraba el boceto de dos peones con brazos peleándose sobre un tablero. Luego, observó a su hija. Cuando

Judit volvió a hablar, lo hizo con una lágrima en la mejilla.

—¡Mi padre no me ha enseñado nunca nada!

Y añadió:

—¡Ni siquiera a jugar al ajedrez, como a Roger el suyo! ¡Y cada vez tarda más con los correos! ¡Y encima...! ¡Encima...!

—Judit, cuando Adolf y tu madre se separaron... —quiso mediar el abuelo.

Hélène detuvo a su padre con un gesto.

—Judit, hija —intentó, suave—, tu padre...

—¡Mi padre no está!

—Pero hija mía...

—¡No está! ¡No está! ¡Escribe correos, pero nunca viene! —gritó al fin Judit, antes de subir corriendo a su cuarto—. ¡Aunque ganara el maldito campeonato, tendría que escribirle un *e-mail* para que se enterara!